

XIII.

CANTORAS DE CALLES.

Los Campos Elíseos no se asemejaban entonces al brillante y empolvado paseo que París llena ahora todas las tardes. El Circo hacía restañar su látigo nacional en el barrio del Temple; el Diorama no existía; el Navalorama estaba por nacer. Aun no se había inventado ni Mabilie, ni los jefes únicos, ni el jardín de invierno, ni el castillo de flores.

El gas no despedía sus brillantes resplandores á través de las ramas secas; veíase un poco menos y los árboles estaban mucho mejor, porque el brillante gas es un terrible vecino que los hace amarillear desde la primavera.

En diferentes puntos pendían de las cuerdas algunos modestos reverberos, dibujando en medio de las tinieblas que velaban la calzada, pequeñas islas luminosas.

Cuando caía la noche, sobre todo en otoño, estaban desiertas esas largas calles. Los bosquecillos en que nuestros tenderos, abandonando sus puertas, vienen hoy día á tomar el fresco, eran una negra soledad que tenía, según se decía, sus dramas y sus misterios.

Encontrábanse muchos más ladrones que en el bosque de Bondy, y á veces el tronco de los árboles grandes ocultaba esos vampiros modernos que el espanto popular huía bajo el nombre de los *mechadores*.

La calle Gabriela, protegida por los centinelas del Elíseo Borbon, conservaba solo algunos paseantes, pero de cierta especie, porque las Tullerías y el Palacio Real, abandonados ahora, atraían la muchedumbre.

La plaza de Luis XV parecía un ancho río que separaba la ciudad brillante, locuaz, del silencioso desierto.

En este desierto os cruzábais á veces sin embargo con personas de paso discreto y respetable que caminaban con las manos á la espalda sin pensar en el mal, gracias á Dios, y con algunas mujeres cuyo rostro desaparecía bajo su espeso velo.

Esas mujeres tenían todas un aire inquieto, mis-

terioso, asustado. Ejecutaban por las calles de los bosques evoluciones sin resultado.

Hubiérase dicho de ellas que buscaban en la sombra un objeto perdido, á lo que algunas veces querian ayudarlas los ancianos paseantes.

Nuestras dos pequeñas cantoras estaban allí muy mal situadas para hacer una recaudacion regular; pero habian acudido á última hora, y parecia que se habian instalado en aquel sitio como ya usando del último recurso.

Despues de haber cantado largo tiempo delante de la verja de las Tullerías, de donde se iban separando los ociosos, habian recordado que durante los buenos dias del estío la calle Gabriela les habia proporcionado algunos recursos.

Sus cajas de hoja de lata permanecian vacías, y Dios sabe cuán pobres eran. Habian atravesado la plaza de Luis XV á la ventura.

Hacia mas de una hora que estaban allí bajo un reverbero y entre dos bujías encendidas.

Mientras habia sido de dia se habian acercado á ellas las gentes de las tiendas vecinas para escuchar, gritar ó burlarse.

Para dar nunca.

Las pocas personas que pasaban hacían lo que los de las tiendas. Cuando por la enarenada calle pasaba algun elegante carruaje, asomaba á la ventanilla el rostro de alguna mujer jóven, que clavaba sus miradas en las dos pobres jóvenes.

A eso se reducía todo.

El carruaje pasaba rápido al trote acompasado de sus corceles normandos, y la mujer jóven se reclinaba muellemente en los blandos cojines.

Las cajitas de hoja de lata continuaban vacías entre las dos bujías. Ni una dádiva.

¡Nada! ¡nada!

Solo una vez un bello niño que entraba en la casa de su madre despues de haber jugado mas de tres horas en las Tullerías, se habia acercado sonriendo.

La hoja de lata de la caja produjo un sonido metálico. . . . Y el niño, bello ángel de larga cabellera de oro, fué tal vez á reposar su cabeza risueña en el seno de su madre.

¡Ay! esos felices niños no sospechan la desgracia y son implacables. Las dos pobres niñas miraron la caja, encontrando un guijarro, ofrenda burlona del rubio querubin.

Algunas lágrimas rodaron por sus mejillas. Sin embargo, prosiguieron cantando.

Otra vez uno de esos ancianos señores discretos y respetables se acercó á ellas por la espalda, hablándoles en voz baja. Un vivo carmin acudió á la frente de las cantoras, cuya voz tembló mas aún.

¿Qué les habia dicho? lo ignoramos.

Unicamente los ancianos señores discretos y respetables poseen el secreto de cierta audacia que causaria rubor á los mas atrevidos de veinte años.

Las dos jóvenes no tenian ya valor. Bajo las melancólicas notas de su canto se adivinaban los

sollozos... Despues volvieron á comenzar con una resignacion tan dulce, que el corazon mas frio se hubiera sentido conmovido por la compasion.

Pero nadie lo advertia.

Ambas tenian casi la misma edad, diez y ocho ó diez y nueve años. La pálida luz del reverbero iluminaba sus fisonomías pálidas, pero encantadoras, que el sufrimiento no habia tenido tiempo de ajar aún.

Para las dos no tenian mas que una sola arpa, la que tocaban alternativamente.

Sus trajes eran modestos y conservaban cierta elegancia entre indicios sobrado evidentes de pobreza. Eran dos vestidos ligeros dibujando la esquisita gracia de dos cuerpos jóvenes y flexibles, pero que nada podian contra el helado frio de aquella noche de otoño.

Sus cofias consistian en dos gorritos que dejaban escapar por debajo abundantes y hermosos cabellos, cuyos gruesos bucles á la par que flexibles llegaban casi hasta la mitad de sus espaldas medio desnudas.

Las dos eran muy bellas, deliciosamente bellas, á pesar del sufrimiento que inclinaba sus desanimadas frentes. Y cuando á veces se miraban, procurando sonreir, para inspirarse mutuamente valor, habia en sus bellos rostros como el reflejo de una alegría pasada.

Hubiérase adivinado dias felices que aun no estaban lejos.

Pero se inclinaban sus ojos y la sonrisa no aso-

maba mas á sus rojos labios. Sus pequeñas manos, hinchadas por el frio, buscaban instintivamente su pecho; era que sufrían.

En Paris, la ciudad de los placeres dorados, todos conocen este movimiento, todos han visto en esas noches de invierno en que los almacenes de modas luchan en riquezas y luz, donde las gratas llamadas del placer se hacen oír de todas partes, el hambre, pálida y tímida, deslizarse por la sombra de las casas.

Esto destroza el corazon; pero los teatros son tan hermosos! tiene tan embriagadores acordes la orquesta de los salones de baile, y salta tan deliciosamente el tapon de las botellas de champaña en los gabinetes de las fondas á la modal....

Esta mejilla lívida, esta mano que oprime convulsamente un pecho enflaquecido, es un mal sueño.

En conciencia ¿se puede acaso morir en esta abundancia y entre tantos deleites?

Cuando se presentan á la vista esas horrorosas visiones, es preciso reirse mas fuerte y beber una vez mas. ¿En qué piensa la policia para dejar así la miseria sin verguenza entristecer á los ciudadanos que se divierten?

Las dos jóvenes proseguian cantando; sus voces eran puras y dulces, pero temblaban con mucha frecuencia.

Cantaban para tener un pedazo de pan.
Y á medida que avanzaba la noche se iban ha-

ciendo cada vez mas raros los paseantes, el frio aumentaba, la esperanza desaparecia.

En el momento en que nuestros tres caballeros pasaban y en el en que el pié de Blas derribaba una de las bujías, habia sido llamada la atencion de las dos niñas por el gesto de Bibandier, que repentinamente se habia detenido á mirarlas.

Pero todo esto habia sido obra de un momento. El baron, arrastrado por sus dos compañeros, habia desaparecido al momento tras una esquina.

Y sin embargo, les parecia que no veian por primera vez aquella fisonomía.

Pero si su memoria no las engañaba, Bibandier habia sufrido desde algunas semanas tan notable trasformacion, que hubiera sido olvidado por la mejor memoria.

Además, ¿qué importaba esto?

Las dos jóvenes no interrumpieron su canto, y la idea de este encuentro se borró al momento en medio de los dolorosos pensamientos que ocupaban sus corazones.

De esto hacia ya mas de una hora. Las bujías tocaban á su fin y la caja de hoja de lata permanecia aún vacía.

La que tenia entonces el arpa entre sus manos la dejó caer de pronto.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... murmuró; vamos á morir.

La otra joven se acercó á ella, estrechándola contra su corazón.

—Valor, pobre Elena mia, dijo; cantemos aún otra vez.... tal vez se apiade de nosotras la Santa Virgen.

La que se llamaba Elena se apoyó en el pilar del reverbero, colocando las dos manos sobre su pecho.

—Diana, dijo llorando, no tengo fuerzas.... ¡se sufre tanto tiempo á la hora de la muerte!

Diana tocó su abrasada frente con el dorso de la mano; sus ojos estaban secos, pero se veia en ellos una especie de extravío.

—Si únicamente fuese yo la que sufriera, murmuró, dirigiendo al cielo una mirada de amarga queja.... escucha, hermanita.... descansa. Ya sabes que soy la mas fuerte.... Voy á cantar sola.

Elena se apoyó en el pilar.

Diana volvió á situarse entre las dos bujías y tomó el arpa con una especie de enojo.

Las cuerdas vibraron bajo sus dedos. En el silencio que en torno suyo reinaba, se elevó su sonora voz vibrante y fuerte como un grito de desesperacion.

Cantaba una cancion bretona con acento melancólico y grave.

Era como una voz de la patria llorando desde el fondo del destierro.

Nadie escuchaba; ni un oído habia abierto en la distancia á que podia llegar la voz. Nadie mas que un pobre soldado de guardia en la verja del Eliseo Borbon.

Y Diana cantaba arrastrada por la fiebre. Y el

pobre soldado tenia la mano en el corazon, porque era breton y reconocia la lejana voz del país.

Sin reflexionar lo que hacia, habia dejado el fusil junto á la garita, y como si una mano invisible le guiase en medio de la noche, se acercó lentamente, desertando de su puesto.

Mientras las primeras notas de la cancion salian sordas y desoladas de los lábios de Diana, el soldado se inclinaba hácia Elena inmóvil, que no le veía.

Tenia en la mano unos cuantos cuartos que constituian su fortuna. Y su fortuna entera cayó sin ruido en el bolsillo de la jóven.

Luego el pobre soldado breton volvió á su puesto con el corazon aliviado y humedecidos los ojos.

Diana callaba; permaneció muda un momento apoyada en el arpa. Las bujías lanzaron su último resplandor, apagándose despues.

La abatida mirada de Diana recorrió la solitaria calle.

—¡Hemos acabado!..... murmuró; ven, Elena.

Y como ésta no pudiese levantarse, la tomó en brazos.

Luego cargó con el arpa y las dos jóvenes bajaron hácia la plaza de Luis XV.

Sus pasos eran lentos y penosos. Atravesaron la plaza, luego el puente de la Concordia. Diana sostenía á su hermana por el talle, diciéndole:

—No todos los dias son tan desgraciados como este. Mañana tendremos mejor fortuna.... no hay mas que una noche por medio.

—Lo mismo me decias ayer, replicó Elena, ¡cuando en nuestro cuarto teniamos frio y hambre!... ¡Mañana, me decias, mañana no sufriremos ya! ¡Oh Diana! ¡Diana!

En nuestra Bretaña los pobres hallan siempre un asiento en el hogar de las granjas.... Y cuando dicen: tengo hambre, se les da un pedazo de pan negro. ¡De buen pan negro! añadió con ese tono de sensualidad ávida que toma el gloton para hablar de manjares preferidos.

Si al menos tuviésemos un pedazo de pan negro.....

—¡Oh! sí, dijo Diana. En otra época no lo queriamos; pero ahora.....

Se detuvo, dejando en el suelo el arpa, cuyo peso la agobiaba.

—Descansemos un poco, replicó; estoy muy cansada.

Elena y ella se sentaron juntas en el parapeto del muelle Voltaire.

—¡Si Roger supiera estol dijo Elena.... ahora es rico. Tambien Enrique. Pero tal vez nos hayan olvidado.

—¡Oh! no, exclamó Diana; Enrique tiene un corazon noble.

—¡Somos tan desgraciadas! Cuando los ví pasar en el magnifico carruaje, siempre alegres, siempre risueños, me preguntaba qué harian si sus miradas se hubiesen fijado en nosotras, pobres niñas.

—¿Nos reconocerian?

—Tal vez, porque aun no hemos sufrido mas que dos meses de miseria.... ¡pero se detendria su carruajel ¡los veriamos bajar y correr á nosotras!

Diana no respondió.

Elena sonreia amargamente.

—¡Cantoras! murmuró; siento frio hasta en la médula de los huesos cuando reflexiono lo que sufriria si Roger volviera la cabeza despues de haberme mirado.

—¡No lo harál replicó Diana; estoy segura de él como de Enrique. Nuestra desgracia es no poder unirnos á ellos; si en la diligencia les hubiésemos mostrado nuestros rostros, hubiera cambiado totalmente nuestra suerte al llegar á Paris.

—¿No hubieran debido adivinarnos?

—Nada sabian..... Nos creian aún en Penhoel..... ¡Oh! ese fué nuestro primer dolor en ese Paris, donde tanto debiamos sufrir cuando acudimos solas á la cita delante del pórtico de Nuestra Señora. ¿Te acuerdas qué tristes estábamos despues de haber esperado vanamente todo el dia?

—Y cuánto esperamos despues.

—No fueron. ¿Sabes, hermanita mia, que á veces me consuelo y que me digo: Si no fueron era porque nos amaban?

—El mismo pensamiento he tenido yo.... ¡Oh! ¡quíeralo Dios! Pero si lo hubiéramos intentado pudiéramos haberlos encontrado desde ese dia, porque su compañero de viaje estaba en el pórtico de

Nuestra Señora y nos buscaba como nosotras buscábamos á ellos.

Diana tardó un rato en contestar.

—Es cosa muy estraña, replicó al fin, cómo han quedado grabadas en mi memoria las facciones de ese hombre.... Parece que le estoy viendo.... ¡qué figura tan franca y arrogantel.... Nunca he visto un hombre tan hermoso....

—¡Y cómo nos miraba durante el viajel ¡No sé, pero parecia que nos conocia y que nos amaba.

Elena hablaba así con tono mas sereno; al hablar olvidaba casi su sufrimiento; pero á estas últimas palabras se debilitó su voz, y Diana, que la vió vacilar, no tuvo tiempo mas que para sostenerla.

—No es nada.... murmuró la pobre niña.... ¡Dios miol nuestra habitacion está muy lejos aún y no sé cómo voy á hacer para llegar á ella.

—¡Yo te llevarél dijo Diana acercándola á su corazon. ¡Oh! no sabes tú qué daño me hace verte sufrir así.... Escucha. Este es nuestro último dia de miseria.

Elena separó su cabeza y miró el Sena que corria á su espalda.

—Sí, murmuró, tienes razon; este podria ser nuestro último dia de miseria.

Diana cubrió su frente de besos llorando.

—¡Hermana mia, hermana mia! dijo; te lo suplico, no hables así. Estoy segura de que Dios se apiadará de nosotras. Te lo prometo. Déjame decirte lo que quiero hacer mañana: hasta ahora me

han faltado las fuerzas, pero no quiero que mueras, Elena mia, y mañana intentaré.

—¿Qué? preguntó Elena.

—Tú sabes que ellos pasan todos los días en carruaje por los Campos Eliseos, cuando estamos bajo los árboles, y que no nos ven; pero mañana iré á ponerme delante de sus caballos, los llamaré por sus nombres y será forzoso que me reconozcan.

Elena levantó la cabeza.

—¡Iré contigo! dijo; cuando estemos allí las dos juntas, veremos si nos abandona nuestra última esperanza.

—Y si no nos rechazan, hermana mia, ¡qué alegría nos causará llevar socorros á la Señora y al pobre Penhoel!

—Y á nuestro buen padre, exclamó Diana; ¡salvarlos, qué alegría! Entre tanto, replicó tristemente, no tenemos nada que darles esta noche.

Pero no es mas que un día de espera, prosiguió Diana, y la esperanza va á darnos una noche buena.

Elena, reanimada un poco, se apoyó en sus piés. Durante un momento se disputaron el peso del arpa las dos hermanas, encargándose de ella otra vez Diana. Luego continuaron bajando el canal hasta la calle de Petits-Augustins, en la que se internaron.

Mas de una vez fué aminorándose su paso hasta el momento en que se persignaron las dos delante del pórtico de San German de los Prados.

Habían llegado al término de su camino. Des-

pues de haber doblado el ángulo de la pequeña calle de Erfurth, pudieron ver la casa donde estaba su cuarto.

La casa estaba situada al final de la calle de Santa Margarita, frente y un poco mas allá de la muralla que forma la prision de la Abadía.

Como pasaran delante del cuerpo de guardia apresurando su paso, se detuvieron de pronto y al mismo tiempo.

Unieronse sus manos, estrechándose fuertemente.

—¡Oh! dijo Diana con profunda admiracion.

Elena miraba estupefacta un carruaje que acababa de detenerse precisamente á su lado.

Por la portezuela abierta se veia la cabeza de una jóven cuyo semblante enfermizo y pálido estaba rodeado por rubios cabellos.

El estribo cayó al mismo tiempo que se abria la puerta de la casa.

Una dama bajó del carruaje, prestando su ayuda á la jóven enferma.

—¡Lola! murmuró Elena.

—¡Y el Angel! añadió Diana.

La dama y la jóven entraron en la casa. La puerta se cerró tras ellas antes que Elena y Diana, inmóviles de sorpresa, hubiesen pensado en hacer un movimiento.